

POMPIDOLISMO

El gobierno Chaban-Delmas

exilio, en lugar de iniciar ya las posibilidades de un gobierno de coalición o, más bien, de reconciliación. Con esta intención se ha creado el Comité Progresista Nacionalista; el Presidente Thieu —con sus hijos en Roma y su casa en Sulza— les persigue, ha encarcelado ya a algunos de ellos y anuncia lo que va a hacer con los que continúen por ese camino: «De ahora en adelante, aquellos que lancen rumores de que va a haber un gobierno de coalición en este país, sean quienes sean, pertenezcan al ejecutivo o a la legislatura, serán severamente castigados, acusados de colusión con el enemigo y desmorralización del ejército y del pueblo. Los castigaré en nombre del pueblo y de la constitución».

Estas palabras podrían ir dirigidas a los americanos, que son los que proponen y sostienen el gobierno de coalición como salida posible. En el comunicado de la isla de Midway, donde Nixon se entrevistó con Thieu, hay un párrafo de difícil redacción donde se dice que los dos Presidentes rechazan cualquier intento de «imponer» cualquier forma particular de gobierno «como la de coalición», «sin considerar antes la voluntad del pueblo de Vietnam del Sur, y declaran por su parte que respetarán cualquier decisión del pueblo de Vietnam del Sur que se pronuncie por medio de elecciones libres». Este párrafo rechaza y acepta al mismo tiempo el gobierno de coalición, que hace depender únicamente de la «voluntad del pueblo».

Es difícil pensar que en esa situación de caos y derrotismo se pueda ir realizando la lenta desescalada dictada por los cerebros electrónicos de Herman Kahn, en la lejana orilla del río Hudson, durante un par de años más. Es una operación absurda. Si el contingente militar actual no ha conseguido contener al Frente Nacional de Liberación, la retirada progresiva dará más fuerza al enemigo y destruirá la última moral de Saigón, sin haber conseguido resultados prácticos. Lo que podía ser una paz negociada se va a convertir en una derrota; en una derrota probablemente innecesaria. ¿Por qué no se ha llegado en las actuales condiciones a una paz negociada? Se atribuye la imposibilidad a la presión directa de Saigón. Pero hay bastante más. Hay dificultades propias en los Estados Unidos. Averell Harriman, que ha conducido las negociaciones de paz en París durante la presidencia de Johnson, no tiene ahora inconveniente en explicar dónde ha estado lo que él llama «la frustración de la paz». En París explicaba a sus interlocutores norvietnamitas que sus ataques militares, sus ofensivas, dificultaban la negociación. Pero «cada vez que Hanoi detenía la violencia durante el pasado año, nuestros generales exclamaban: "Ya les hemos liquidado"...». «No culpo a nuestros generales —dice prudentemente Harriman—; eso forma parte de su trabajo». Pero la realidad ha estado en este balance de las operaciones: una contención voluntaria de las ofensivas guerrilleras parecía en el Pentágono el principio de una victoria militar y suponía, por lo tanto, la paralización de las conversaciones de paz. Una ofensiva guerrillera, por su parte, creaba «una mala atmósfera» y paralizaba igualmente las conversaciones de paz bajo la idea clásica de que «no se negocia bajo la violencia»... De esta forma, las negociaciones duran ya desde hace más un año, y en ese tiempo las guerrillas han fortalecido sus posiciones militares, políticas —en el interior del país— y diplomáticas. Nixon ha tendido que anunciar su plan de desescalada, de retirada, de una forma unilateral, sin exhibir ninguna contrapartida ofrecida por el gobierno provisional revolucionario ni por Hanoi.



CHABAN-DELMAS

Cuando Jacques Chaban-Delmas entró de lleno en la vida, estaban de moda ciertos personajes llamados «de acción», que mezclaban deporte, política y aventura —la forma de la aventura podría llamarse guerra, a veces— y que podían ampararse en un lema que hizo famoso Mussolini: «Vivere pericolosamente». Era un lema fascista. Jacques Chaban-Delmas estaba situado, por la vida, frente a ese fascismo o, más exactamente, frente al nazismo alemán que ocupaba Francia; como militar en un batallón alpino y, luego, fulgurantemente, en la resistencia, en la que llegó a general. Sobre este título del general más joven de Francia acumuló otros que parecen heterogéneos, pero que, sumados, componen la unidad del personaje: el hombre que mejor lleva el frac en Francia, el presidente más joven de la Asamblea Nacional, un «rugbyman» impetuoso, un tenista frío y eficaz y un político tan profesional que podía ser ministro con Mendès-France, con Guy Mollet o con Felix Gaillard, que podía saltar de la cartera de Asuntos Exteriores a la de Obras Públicas, de ésta a la de Defensa Nacional. Su gran aventura vital le lleva ahora a ser primer ministro, el primer ministro del «pompidolismo», que debe durar en Francia siete años, que le desgastará y que irá desgastando a otros. Al formar su gobierno, según las normas del Presidente de la República, ha eliminado a otro gran aventurero de muchas aventuras, a André Malraux; se le ha ido de las manos otro profesional de la política como Edgar Faure —lo cual significa que la reforma universitaria abierta va a ser revisada, al mismo tiempo que el mantenimiento de Marcellin como ministro del

Interior pueda suponer una política de fuerza— y no ha conseguido sumar la vieja astucia económica de Antoine Pinay, a quien se ofrecía algo así como un puesto de vicepresidente, encargado de todos los Ministerios económicos. El gobierno se titula abierto; sin embargo, predominan los hombres fuertes del golismo y, en general, los nombres de la derecha firme. Un experimento llama la atención: desaparece el Ministerio de Información. Se ha combatido mucho en Francia la acción de ese Ministerio sobre la radio y la televisión, o sea, la utilización de esos poderosos medios de propaganda en favor de la política gubernamental y no de la generalidad de los sectores de opinión. La desaparición del Ministerio modifica formalmente la situación, pero no se sabe cuál pueda ser la modificación de fondo. Radio y televisión van a depender ahora directamente del primer ministro, que se propone hacer una reforma del estatuto. Se ha empleado la palabra «tutela» para describir esta nueva dependencia de la ORTF, y se sabe ya que cuando la tutela termine, cuando Chaban-Delmas haya realizado sus reformas en el organismo, éste pasará a depender del Ministerio de Asuntos Culturales, que fue el que ejerció Malraux, el que se ha ofrecido sin éxito a Edgar Faure y el que va a ocupar ahora Edmond Michelet. Por otra parte, las «relaciones públicas» del gobierno, que ejercía el ministro de Información, lo serán ahora por un portavoz oficial del primer ministro, que será Leo Hamon. La sensación general es la de que se acentúa el centralismo: bajo un Presidente de la República fuerte, un primer ministro fuerte también.